

EL SECRETO PARA UNA VERDADERA LIBERACION

El Evangelio del Señor Jesús se ha convertido en un aspecto religioso aceptado por muchos, y a la vez, rechazado por otro tanto igual. Los que lo aceptan de una manera religiosa no tienen una doctrina sólida y sana, por lo tanto, creen que se trata de un esfuerzo por hacer el bien. Los que lo rechazan, es porque lo han concebido o experimentado como una carga difícil de llevar, de la cual no quieren saber nada.

Los jóvenes son quienes más rechazan el Evangelio, de modo que mejor adoptan el libertinaje que el mundo predica con sus hechos. El mundo induce a la juventud a vivir sin límites, a no tener normas morales de ningún tipo, y mucho menos, principios cristianos que los priven de experimentar las sensaciones de la carne. En los últimos años, esta propuesta del mundo ha sido muy bien aceptada aun en la Iglesia. La tendencia del libertinaje ha venido creciendo a pasos agigantados, aunque los que viven así no han tomado en cuenta el final de ese camino. Este camino surge como una propuesta del sistema para toda la problemática del ser humano.

Muy pocas personas se dan cuenta que lo que propone el mundo y su sistema, mediante sus prácticas de libertinaje, no son más que un refugio a todos sus conflictos emocionales. El ser humano tiene serios conflictos internos, tales como: frustraciones sin sentido, dolores y amarguras reprimidas, recuerdos convulsivos de todo lo que han vivido a lo largo de la vida, etc. La propuesta del mundo es similar a la experiencia que tuvo nuestro Señor Jesús estando en la cruz del Calvario. Mientras él agonizaba, ***“le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de haberlo probado, no quiso beberlo”*** (Mateo 27:34). El vino mezclado con hiel era una especie de droga que suprimía en gran parte el dolor, por lo tanto, les daban esta poción a los que estaban muriendo en la cruz. El Señor Jesús no quiso beberlo, precisamente, porque no quiso evadir el dolor de la cruz. Parecido a esto es la propuesta del mundo, es una droga que propone abrir más espacios, y oportunidades en el alma, para que éstas concluyan en programaciones emocionales en las cuales podamos esconder nuestros conflictos interiores.

La propuesta del mundo jamás traerá bienestar y salud psicológica a nadie. Lo que el sistema del mundo propone es como que alguien que se enfermó del estómago por haber comido pescado arruinado, se quiera curar comiendo más pescado arruinado. ¡Imposible! El ser humano cuando crece se encuentra en tremenda crisis emocional porque desde niño creció mal, por lo tanto, en su adultez está dañado, está herido, ha evolucionado mal, y lo que el mundo le propone es más de lo que lo ha dañado. Satanás le propone al hombre distracciones temporales para que olvide sus conflictos actuales, pero éstas nuevas distracciones sólo le traerán más conflictos, de modo que su estado postrero es peor conforme pasa el tiempo.

Como cristianos no debemos dejarnos enredar de la propuesta de libertinaje del mundo. Hay una incitación mundana a vivir sin freno. Hay frases célebres en el mundo actual, tales como: *“Que no le importe lo que digan los demás”, “salga del clóset”, “sea libre”, “sea usted mismo”,* etc. Tales propuestas del mundo no proporcionan sanidad al alma, todo lo contrario, con el tiempo se dan cuenta que sólo han empeorado. Hay niños que son hiperactivos y rebeldes; los padres llegan a la conclusión que solo viendo televisión pasan quietos, de modo que para que estén quietos todo el día, los dejan ver diez horas de televisión. ¿Se puede dar cuenta el daño que les estará causando a los niños recibir tanta información, y mucha de ella no adecuada para su edad? Ese remedio de los padres de permitirle a los niños ver televisión sin límites, sólo les causa un daño peor.

No podemos pensar que la solución para nuestra alma es vivir sin “tabúes”, como tampoco lo es vivir bajo legalismos. No vamos a volver a los legalismos, ni tampoco dejaremos de vivir en

la libertad del Señor, sólo que debemos aprender a diferenciar entre libertad y libertinaje. Vivir en libertad nos hará vivir felices, pero vivir en libertinaje nos traerá muchos problemas.

La naturaleza de los seres humanos fue diseñada para representar a Dios, no para ser esclavos de Satanás. La Biblia dice que cuando Dios hizo al hombre, lo hizo a Su imagen y semejanza, por lo tanto, jamás será feliz revolcándose en el pecado. Déjeme explicarle esto con el siguiente ejemplo: Hay personas que tratan a sus mascotas como que fueran personas, y eso es un gran error. Por ejemplo, hay razas de perros que se prestan para que sus dueños los cepillen, y les cuiden el pelo como que fuera cabello de mujer, sin embargo, eso estresa a las mascotas. Muchos perros de exhibición tienen que vivir obligatoriamente en lugares alfombrados para que su pelo no se dañe, no pueden salir a dar un paseo a la calle como cualquier otro para que no se ensucien, en fin, son privados de realizar muchas de las actividades normales de los perros, pero siguen siendo perros. Si estos perros pudieran hablar, seguramente les dijeran a sus dueños que aborrecen todo lo que les hacen en el pelo, porque su naturaleza no requiere de esos cuidados. Lo mismo le acontece al hombre, no fue hecho para revolcarse en el pecado, sino fue hecho para contener y representar a Dios.

El mundo podrá decirnos que hagamos lo que queramos, que nos olvidemos de todo linderó moral y espiritual, que experimentemos los deseos de nuestra carne para ser felices, pero al final nos daremos cuenta que tal felicidad nunca vendrá. Los seres humanos estamos hechos a la imagen y semejanza de Dios, nos parecemos a Él tanto interna, como externamente; y además, tenemos la dicha de tener conciencia, la cual no poseen los animales. No somos una criatura más, somos miembros de la familia de Dios.

Podemos llegar a ser felices, sólo que tengamos en cuenta que una cosa es la felicidad según Dios, y otra cosa es el placer de la carne. El mundo confunde placer con felicidad, no sabe diferenciar entre tener tranquilidad y tener paz, piensan que tener dinero es estar en abundancia, en fin, ellos no conocen a Dios, ni lo que proviene de Él. Podemos vivir como dice el mundo, y tener mucho placer, pero no pensemos que eso es ser felices.

La felicidad es un estado, es una esfera que no necesariamente se desborda en risas, sino es la realidad que Dios quiere que vivamos. El Señor usó una palabra superlativa para referirse a la felicidad que Él quiere que alcancemos, Él quiere que seamos “Bienaventurados”. Ser felices, o bienaventurados en Dios no es privarnos de las cosas del mundo, pues, estamos en el mundo. Tenemos que hacer muchas de las cosas que hace el mundo, porque al fin de cuentas la felicidad en Dios tampoco viene por dejar de hacer ciertas cosas, sino que somos bienaventurados cuando buscamos adecuadamente a Dios.

El mundo dice: *“Haz lo que quieras con tal de ser feliz...”*. En esta ocasión quiero compartirles dos cosas que obviamente van a chocar con esta doctrina del mundo, pero nos ayudarán a encontrar una verdadera liberación. Estas dos cosas son:

- 1.- LA CONSAGRACIÓN
- 2.- EL SERVICIO A DIOS Y AL PROJIMO.

Si creemos y tenemos estas dos cosas como la práctica de nuestro Evangelio, más temprano que tarde vamos a experimentar la felicidad que sólo Dios puede darnos. Estas dos cosas son básicamente el resumen del Evangelio que nos presentó el Señor Jesús. Hablaremos a continuación de cada uno de estos puntos.

- 1.- EN CUANTO A LA CONSAGRACIÓN:

Muchos sienten temor cuando piensan en la consagración, con sólo escuchar esta palabra ya sienten escalofríos. El concepto que la mayoría tienen de consagrarse es “dejar de hacer”, es “ya no hacer las cosas que les causan tanto placer”, y es por eso que la mayoría de cristianos son renuentes a consagrarse. Hay quienes han pensado en la consagración sólo cuando se han ido a dar un duro golpe en la vida, entonces, vienen llorando, y prometiéndole a Dios que se consagrarán totalmente a Él. Por supuesto, esta disposición a consagrarse generalmente dura muy poco.

La consagración ha desaparecido del vocabulario cristiano, pero es medicina para el alma. Generalmente la medicina es fea, tiene mal sabor, pero es la única manera que tenemos para sanarnos. Tal vez algunos consideren que consagrarse es como esas medicinas amargas, y difíciles de tragar, pero si lo hacemos por el Espíritu que nos ha sido dado, seremos realmente felices. Si no nos consagramos, jamás podremos agradar a Dios, y por consiguiente, jamás estaremos plenos en nuestra vida. El creyente que no se consagra estará destinado a vivir de manera efímera y pasajera, porque dijo el proverbista Salomón: **“Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad”** (Eclesiastés 1:2). Muchos se casan creyendo que su pareja los va a hacer felices, pero no es cierto, ningún ser humano nos puede dar plenitud de vida; sólo ajustándonos al Evangelio podremos ser realmente felices.

Dice Romanos 6:21 **“¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. v:22 Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. v:23 Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”**. El apóstol Pablo está aseverándonos que nada bueno sacamos del pecado, que el único fruto que deja es muerte espiritual. No hay otro camino más seguro que la consagración si queremos vivir felices.

La Biblia nos narra la historia de Jefté, uno de los caudillos que hubo en Israel, el cual salió a la guerra, e hizo voto a Jehová, diciendo: *“Si entregares a los amonitas en mis manos, cualquiera que saliere de las puertas de mi casa a recibirme, cuando regrese victorioso de los amonitas, será de Jehová, y lo ofreceré en holocausto”*. Sucedió que Jefté regresó victorioso ante sus enemigos, y su hija salió a recibirle con panderos y danzas, y ella era sola, su hija única; no tenía fuera de ella hijo ni hija. Cuando él la vio, rompió sus vestidos, diciendo: *¡Ay, hija mía! en verdad me has abatido, y tú misma has venido a ser causa de mi dolor; porque le he dado palabra a Jehová, y no podré retractarme. Ella entonces le respondió: Padre mío, si le has dado palabra a Jehová, haz de mí conforme a lo que prometiste, ya que Jehová ha hecho venganza en tus enemigos los hijos de Amón. Y volvió a decir a su padre: Concédeme esto: déjame por dos meses que vaya y descienda por los montes, y llore mi virginidad, yo y mis compañeras. El entonces dijo: Ve. Y la dejó por dos meses. Y ella fue con sus compañeras, y lloró su virginidad por los montes. Pasados los dos meses volvió a su padre, quien hizo de ella conforme al voto que había hecho. Y ella nunca conoció varón”* (Jueces 11:30–40). La consagración a Dios es dolorosa para la carne, pero produce en nosotros Vida de Dios. No pensemos a corto plazo, no pensemos en el placer que dejamos de obtener al no practicar el pecado, más bien, démonos cuenta que la “paga del pecado es muerte”. Dios quiere que nos consagremos para que seamos partícipes de Su santidad.

El pecado es una práctica viciosa de nuestra carne, pero además, es un refugio de nuestros conflictos emocionales. La vida licenciosa y contraria a la santidad de Dios es el resultado de satisfacer las demandas de la carne, sólo que se llega a un punto en el que se vuelve un vicio difícil de dejar. El pecado comienza siendo placentero y deleitoso, pero con el tiempo nos damos cuenta que su fin es muerte. Tarde o temprano, el pecado pasa las facturas, y llega el punto en el que ya no es placentero, sin embargo, ya no podemos escapar de sus amarras.

El pecado no es sólo el vicio de la carne, sino también es un refugio emocional de nuestro interior. El pecado nos brinda un refugio ante las experiencias adversas que hemos vivido en el transcurso de nuestro desarrollo psicológico. El pecado ciertamente son los actos que nos hacen sucumbir ante la tentación, pero también son la vía de escape ante nuestros traumas interiores. Para que nosotros podamos ser felices, entonces, no debemos practicar el pecado. ¿Por qué nos cuesta tanto abandonar el pecado y consagrarnos a Dios? En primer lugar, porque en nuestra carne no podemos; pero en segundo lugar es porque al dejar el pecado, también dejamos el refugio emocional en el que nos hemos atrincherado por años. No debemos atacar el problema del pecado sólo queriendo eliminar las malas obras; eso es como cortar los frutos a un árbol, pero al tiempo volverán a salir más; lo que debemos hacer es cortar el árbol de raíz. Con los años, el pecado se vuelve nuestra zona de confort, nuestra fortaleza, por lo tanto, es difícil dejarlo. El pecado es como una máscara que esconde nuestra verdadera personalidad, y nos acostumbramos a estar detrás de ella porque sentimos que oculta las tristezas y derrotas que hemos llevado a lo largo de la vida.

Nuestra vida no sólo está configurada mentalmente, mucho de lo que somos es el cúmulo de experiencias que quedaron registradas a nivel emocional, por lo tanto, a veces ni sabemos por qué reaccionamos de “x” o “y” manera. En este aspecto nosotros somos como los perritos, ellos son instintivos, y van adecuando su manera de ser a los estímulos que reciben. En una ocasión recuerdo que fui a visitar a un hermano, y cuando me fui a lavar las manos, me di cuenta que debajo de la pila había un perro. Yo le pregunté al hermano por qué el perro se escondía allí, y él me contestó que al animalito le gustaba estar debajo de la pila. Más tarde la esposa contó que el esposo pateó muchas veces al perro, pero éste descubrió que en ese lugar no le pegaba, así que sólo allí pasaba. En este aspecto emocional nosotros somos iguales; los golpes de la vida nos hacen escondernos en el pecado. Muchas veces los traumas los causan las personas más cercanas a nuestro alrededor, a veces los mismos padres pisotean la personalidad de los hijos; en otros casos, los tíos o los primos causan abusos de toda índole, aun hasta abusos sexuales. No debemos indagar qué cosas nos acontecieron en nuestra niñez porque eso no nos traerá sanidad, pero sí debemos reconocer que muchos de los pecados que practicamos son los refugios de nuestra alma herida.

Los pecados comienzan siendo un refugio del alma, pero la constante práctica los convierte en vicios. Por ejemplo, algunas personas empiezan fumándose uno o dos cigarrillos, porque buscan ser parte de un grupo de amigos, pero más tarde el cigarrillo se convierte en el vicio de la marihuana. Otros empiezan a tomar bebidas alcohólicas porque desean sentirse mayores, y años más tarde se convierten en borrachos. Lo que comienza siendo un refugio, con el pasar del tiempo se convierte en causa de vergüenza, porque la paga del pecado es muerte. Sólo el Señor puede libertarnos de esos refugios del alma, sólo Él puede hacernos libres de esos pecados.

Vivir libres del pecado responde a la naturaleza divina. Ahora bien, el Señor no nos pide que renunciemos al pecado sólo porque a Él no le agrada, sino porque sabe cuánto nos beneficia a nosotros vivir libres de éste. Dios quiere que no vivamos en el pecado porque desea nuestra felicidad, Su intención es que seamos bienaventurados. No le creamos al mundo ni a su doctrina del placer, creámosle a Dios, sólo Él puede hacernos realmente felices. El que se consagra a Dios, y por ende empieza a ser libre del pecado, va a experimentar en su interior el fluir de la Vida divina.

Nadie es feliz teniendo conflictos interiores, es por eso que Dios quiere liberarnos de nuestros refugios en el pecado. El sistema del mundo ha engañado a la humanidad, le ha hecho creer que son tan instintivos como los animales, y que por eso deben hacer lo que les plazca. Pero nosotros no somos animales, tenemos una vida interior, una conciencia, un ser pensante,

podemos elegir entre el bien y el mal, somos seres espirituales con capacidad de contactar a Dios.

Démosle espacio al Señor para que Él rompa los yugos del alma que nos amarran al pecado. En el fondo todos sabemos que el pecado no nos da ninguna felicidad. Hasta el día de hoy lo que prevalece es la premisa divina que nos dice: *“son felices los que se apartan del pecado”*. Vivir consagrados a Dios nos producirá la mejor Vida que podamos imaginar.

2.- EN CUANTO A SERVIR A DIOS Y A LOS HOMBRES.

Nadie puede experimentar a plenitud el Evangelio si no dedica su vida a servir a Dios y a los hombres. En una ocasión le preguntaron al Señor Jesús: ***“Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”*** (Mateo 22:36-39). ¿Por qué vemos a lo largo de todo el Nuevo Testamento una insistencia de que amemos y sirvamos a Dios y a nuestro prójimo? Por que la sabiduría divina quiere que seamos libres de nuestro “yo”.

Al leer exhaustivamente el Nuevo Testamento nos damos cuenta que no hay capítulo que no nos inste a amar a Dios y al prójimo. El Evangelio no fue hecho para alcanzar un beneficio personal, es más, en los Evangelios y los demás escritos de los apóstoles nos damos cuenta que no hay lugar para nosotros; la invitación es a menguar a nuestro “yo”. La doctrina de los apóstoles nos invita a predicar, a soportarnos los unos a los otros, a estar en comunión con Dios, a dar de nuestras finanzas, en fin, todo tiene que ver con descentralizarnos de nosotros mismos. Dice *2 Corintios 5:15 “y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”*. El planteamiento práctico del Evangelio es que ya no vivamos para nosotros mismos, que no sigamos siendo egocéntricos. El Señor pudiera prescindir de nosotros para dar a conocer Su Reino en el mundo, pero Él quiere que todos participemos, que todos nos involucremos en Su Reino, con el fin de que no estemos centralizados en nosotros mismos.

El servicio a Dios y al prójimo nos llevará a ser personas felices. Entre menos pensemos en nosotros mismos más felices seremos. Si Dios nos está abundando en las finanzas, pensemos en dar para Su Reino; Si Dios nos permite casarnos, entreguémosle el matrimonio al Señor; Si Dios nos permite tener hijos, consagrémoslos para Dios; Si tenemos tiempo, pongámoslo a disposición del Señor porque nuestra vida le pertenece a Él; no nos adueñemos de nada, todo es de Él y para Él. Cuando vivimos de manera práctica descentralizados de nosotros mismos, empezamos a vivir sin precedentes.

El “yo” se alimenta constantemente del individualismo, como seres caídos le prestamos atención sólo a nuestras necesidades y deseos personales. De manera normal los seres humanos hacemos lo que queremos, lo que nos conviene, lo que nos hace sentir bien. Si alguien quiere ir a la playa, invita a sus amigos no con el fin de que ellos se sientan bien, sino porque él no quiere sentirse sólo. El sistema del mundo está diseñado por el diablo para que procuremos el individualismo, todo lo contrario al Reino de Dios. El Señor Jesús es todo-inclusivo, es corporativo, no tiene espacios para el individualismo.

Desde el momento en que aceptamos al Señor Jesucristo como nuestro Salvador, nos hacemos parte de Su Cuerpo, por lo tanto, tenemos que aprender a soportar a los demás miembros que lo conforman. Dice el apóstol Pablo en *1 Corintios 12:18 “Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso. v:19 Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? v:20 Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo. v:21 Ni el ojo puede decir a la mano: No te*

necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. v:22 Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; v:23 y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. v:24 Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, v:25 para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. v:26 De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. v:27 Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”. Somos parte de un Cuerpo, por lo tanto, no podemos ser individualistas. Conocer a Cristo es conocer a Su Cuerpo que es la Iglesia; en esta esfera no caben los egocéntricos, sólo caben aquellos que ya no viven para sí mismos, aquellos que viven para Dios y que se dan por sus hermanos.

El apóstol Pablo tuvo esta revelación del Cuerpo de Cristo desde el momento de su conversión. Cuando él era Saulo, amenazaba y le daba muerte a los discípulos del Señor, pero un día yendo por el camino, al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: **“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”** El dijo: **¿Quién eres, Señor?** Y le dijo: **“Yo soy Jesús, a quien tú persigues”;** Note que el Jesús que se le presentó a Pablo fue el “Jesús-Iglesia”. Qué lecciones las que le dió el Señor a Saulo, porque además, al levantarse de tierra no veía a nadie; así que, lo metieron en Damasco donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió. Y para terminar de enseñarle quien es el Jesús-Iglesia, el Señor mandó a orar por él, no a uno de los doce apóstoles, sino a un discípulo, a un tal Ananías, un hermanito temeroso que no quería ir a orar por él. Tremendas lecciones las que le dio el Señor al apóstol Pablo desde el momento de su conversión. Desde aquel momento Pablo ya no vivió para sí mismo, vino a ser solo un hermano entre muchos.

Hermanos, el que entra a las filas del Evangelio y pretende ser exclusivo, se va frustrar. No podemos pretender que la Iglesia gire alrededor nuestro, no hay factor alguno que permita que alguien sea más especial que los demás. En la Iglesia sólo existe lugar para el Señor. Si tenemos el don de predicar, prediquemos, demos de gracia lo que de gracia hemos recibido. Los dones no son para vanagloriarnos, son para servir a Dios y a los hermanos.

En la medida que aprendamos a darnos por los demás, en esa medida seremos más felices. El apóstol Pablo dijo en una ocasión: **“En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir”** (Hechos 20:34–35). Si aprendemos a darnos para Dios y para nuestros hermanos, seremos libres de nosotros mismos, y eso nos encaminará a una verdadera felicidad.

La razón por la que Dios nos invita a dejar el pecado es para que encontremos la verdadera felicidad. Dios no nos pide que dejemos de pecar por un gusto de Sí mismo, sino porque quiere que seamos libres y que ya no seamos esclavos de Satanás. No nos dejemos arrastrar por la corriente de este mundo, creámosle al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Apeguémonos a la práctica viviente del Evangelio que consiste en Consagrarnos a Dios, y Servirle a Él y a nuestro prójimo. ¡Amén!